

CAPÍTULO XIX

MOISES DE ETIOPIA

Un tal Moisés ¹, así se llamaba, de raza etiópica, negro por completo, era criado de un funcionario. Su patrón lo despidió de casa a causa de su gran inmoralidad y latrocinio; de hecho se decía que no reparaba siquiera en asesinar a sus indeseables.

Tengo que narrar, a pesar mío, sus atropellos y maldades para poner después en evidencia la sinceridad y la virtud de su arrepentimiento.

Decíase, pues, que había sido cabecilla de una pandilla de bandidos; y de entre sus latrocinios se destaca el siguiente lance:

Guardó una vez resentimiento contra un pastor que con sus perros había desbaratado cierta noche sus planes en sus andanzas de bandido. Con ánimo de matarle, se fue al lugar donde tenía el redil del rebaño, y le indicaron la otra ribera del Nilo. Como el río se había desbordado y ocupaba la extensión de una milla, cogió el cuchillo entre los dientes y se puso la cota sobre la cabeza, y así vadeó el río. Mientras salvaba la distancia, el pastor tuvo tiempo de ocultarse dentro de las arenas. Entonces Moisés mató a cuatro reses escogidas, las ató con una soga y arrastrándolas pasó nadando a la otra ribera.

Al llegar a una pequeña casa de campo las descuartizó, y tras de comerse lo mejor de su carne, vendióse las pieles a cambio de vino, bebió un *saite* de unos dieciocho sextarios italianos ² y anduvo cincuenta millas hasta llegar al sitio en donde se hallaba estacionada su banda.

Pero este hombre, asaltado por fin por la compunción, después de sus aventuras, se dio a sí mismo a un monasterio. Allí se entregó con

tal entusiasmo a la penitencia, que convirtió al conocimiento de Cristo a un compañero suyo de maldades, verdadero demonio desde su mocedad que había sido socio suyo en su vida de pecado ³.

EJEMPLO DE ARREPENTIMIENTO

Entre otros hechos se cuenta que un día unos ladrones se precipitaron sobre él mientras estaba en su celda, ignoramos de quién se trataba. Eran cuatro los bandidos. En un abrir y cerrar de ojos los amarró a los cuatro, y cargándolos como un saco de paja a la espalda, los llevó a la asamblea de hermanos, diciendo: “Puesto que no me es lícito hacer daño a nadie, ¿qué ordenáis sobre esta gente?” Entonces los ladrones confesaron su delito, y al saber que aquél era Moisés, el nombrado y célebre ladrón de ayer, renunciaron al mundo alabando a Dios a causa de su conversión, pensando para sus adentros: “Si éste, que fue tan terrible y poderoso en latrocinios teme a Dios, ¿por qué nosotros diferimos nuestra salvación?”

Mas los demonios no dejaron de atacar a este Moisés para derribarle de su propósito y hacerle caer en su antigua costumbre. Había tenido en otro tiempo un hábito vicioso: el de la lujuria e intemperancia. Y así fue tan vehemente la tentación, que, según él mismo decía, estuvo a punto de hacerle abandonar su decisión de llevar vida solitaria. En aquel trance, se dirigió al gran Isidoro ⁴, que habitaba en Escete, y le refirió las alternativas de aquella lucha sin tregua. Entonces Isidoro le dijo: “No te desanimes ni te aflijas; son antiguos esos demonios, y por eso han arremetido con tanta violencia buscando tu antigua costumbre. Mas así como un perro no pierde de suyo la costumbre de ir a la carnicería, y, en cambio, si se halla la carnicería cerrada y nadie le da nada, no se acerca más a ella, así también tú, si eres constante y no le das nada, el demonio, asqueado, acabará por dejarte”.

PENITENCIA DE MOISÉS

Moisés se despidió del anciano y desde aquel momento se ejercitaba más intensamente en la penitencia, sobre todo en punto a comida, pues no ingería más que un pan seco de doce onzas, a pesar de que

hacía un trabajo muy considerable, y recitaba animosamente cincuenta oraciones al día.

Aunque su cuerpo y sus fuerzas físicas estaban agotadas por aquel género de vida, todavía sentía abrasado su cuerpo y su imaginación llena de fantasías.

Por eso se dirigió nuevamente a otro varón de entre los santos, y le dijo: “¿Qué debo hacer?” A lo que respondió el anciano: “Esto te ocurre porque seguramente no distraes tu espíritu de este género de imaginaciones; date a las vigiliass, haz oración con ayuno y pronto te verás libre de estas tentaciones”. Escuchó atentamente la amonestación del anciano y se volvió a su celda, prometiendo no dormir en toda la noche, ni siquiera hincando la rodilla.

SU ESTILO DE VIDA

Permaneció, pues, recluso en su celda seis años, y pasó todas las noches en medio de la celda, de pie, sin pegar los ojos. A pesar de todo, no pudo superar los embates de la sensualidad.

Se sujetó entonces a otro estilo de vida. Saliendo de noche, íbase a las celdas de los ancianos y de los ascetas más aventajados, y cogiendo ocultamente las tinajas, las llenaba de agua. Porque es sabido que los solitarios de estos parajes tienen el agua muy lejos, algunos de ellos a dos millas de distancia, otros a cinco y otros a media.

Una noche, pues, el demonio que estaba al acecho y ya impaciente por aquel trabajo que Moisés había tomado sobre sí por propia iniciativa, al acercarse aquel al pozo, le asestó un golpe de maza en los lomos, que le dejó aturdido, sin conciencia de qué sufría ni de parte de quién.

Al día siguiente, al ir alguien a buscar agua al pozo, le encontró allí clavado. Inmediatamente lo comunicó al gran Isidoro, el presbítero de Escete, el cual lo cogió y se lo llevó a su iglesia.

Durante un año estuvo Moisés tan enfermo que no sin gran dificultad recobró el aliento, en cuerpo y alma. Entonces le dijo Isidoro: “Mira, Moisés, no discutas más con los demonios ni trates de insultarles, porque incluso en el ascetismo ha de haber una medida en el fervor y en el entusiasmo”. Moisés replicó: “No cesaré en mi intento hasta que no cesen estas fantasías diabólicas”. “En nombre de Jesucristo —terminó el anciano—, tus sueños han cesado ya. Comulga, pues,

confiado. Porque para que no tuvieras vanagloria de haber dominado una pasión, has sido oprimido por ella para tu provecho y utilidad”.

Después volvió a su celda. Al cabo de dos meses, habiéndose Isidoro interesado por él, dijo que no había tenido que sentir más de sus sueños. Moisés fue considerado digno de recibir la gracia contra las asechanzas diabólicas, de modo que más tememos nosotros las moscas que él a Satanás.

Este fue el estilo de vida de Moisés de Etiopía, a quien se le consideraba como uno de los padres más grandes de aquella zona. Murió en Escete a la edad de setenta y cinco años. Llegó a ser presbítero y dejó setenta discípulos suyos.

NOTAS

1. Según Butler (*op. cit.*, I, 182, n. 36), uno de los personajes más esclarecidos y espirituales del desierto. Los apotegmas que llevan su nombre nos informan que fue asesinado por las tribus Mazis. Por lo demás, hubo varios monjes célebres del mismo nombre (cf. CASIANO, *Coll.* X y XI).

2. *Sextario*. Medida antigua de capacidad para líquidos y para áridos; el sextario italiano equivalía a dos heminas, o sea, 0,53 litros.

3. Pasaje oscuro que los manuscritos no resuelven, pues dan a la frase giros distintos. Parece tratarse de un cómplice de sus crímenes que convirtió para Cristo. No es improbable que se refiera también a todo el pelotón o cuadrilla de bandidos que le había seguido desde su juventud, al cual da el nombre de *demonio* en sentido metafórico o traslaticio.

4. Isidoro de Escete llamado el Grande.

CAPÍTULO XX

PABLO DE FERME

Existe en Egipto una montaña llamada Ferme ¹, cuyas estribaciones se extienden hasta el gran desierto de Escete.

En esta montaña residían alrededor de quinientos hombres consagrados a la práctica de la vida ascética. Entre ellos vivía uno llamado Pablo ² que observaba este estilo de vida.

Jamás se ocupó en trabajo ni quehacer alguno; no recibía nada de nadie, a no ser algo para comer. Su tarea y su ejercicio consistían en orar continuamente. Se había fijado trescientas oraciones para recitar, y llevando consigo otras tantas piedrecitas, que guardaba en su seno, iba echándolas una tras otra después de cada oración ³.

Un día se dirigió a Macario “el Ciudadano”, como le llamaban para tener con él una entrevista. Y empezó así Pablo:

“Abad Macario, estoy muy afligido”. Macario le obligó a manifestar la causa y Pablo respondió: “Es que en cierta aldea habita una virgen que desde hace treinta años vive consagrada al ascetismo. Me han contado de ella que no prueba nunca ningún alimento, salvo los sábados y domingos; y prolongando siempre las semanas y comiendo sólo cada cinco días, recita setecientas oraciones. Me he desconsolado sobremanera al enterarme de ello, porque yo no puedo recitar más de trescientas” ⁴.

A estas razones respondió Macario: “Pues yo tengo sesenta años, recito cien oraciones, trabajo para mi sustento y cumplo con el deber que tengo con respecto a mis hermanos; y la conciencia no me acusa de negligencia alguna. Ahora tú, si a pesar de recitar trescientas, la conciencia de remuerde y te acusa, una de dos: o es que no rezas con

la pureza suficiente, o es que puedes recitar más oraciones de las que recitas”.

NOTAS

1. Situada al norte del valle de Nitria.

2. Algunos críticos han identificado a Pablo con Pablo el Simple, cuya vida nos describe Paladio en el próximo capítulo XXII.

3. En los anales del Museo de Guimet consta haberse hallado en la tumba de Thais en Antioe una sarta de cuentas para oraciones, según se cree. Pablo parece que desconocía aún este sistema tan parecido a nuestros rosarios modernos.

4. No es fácil determinar en qué consistían estas oraciones entre los antiguos monjes, pues depende, las más de las veces del contenido del texto. En ocasiones sugieren la idea de salmos, otra, en cambio, de versículos o fragmentos breves de la Sagrada Escritura. Como por ejemplo, el versículo del salmo *Deus in adiutorium* del que nos habla Casiano en sus *Colaciones* sobre la oración. Véase, verbigracia, en esta misma *Historia* el capítulo 26, en que se nos describe al monje Hierón recitar quince salmos, y a Antonio (cap. 22) entonando doce antes de tomar la refección con Pablo. No obstante, en este caso de Paladio, como en otros semejantes, es evidente que se refiere a oraciones breves o “jaculatorias”, a las que eran tan dados los antiguos monjes y de los que nos dice San Agustín: “Los monjes de Egipto rezan muchas oraciones, pero brevísimas, dichas con presura y como “lanzadas” al corazón de Dios (*raptim quodam modo iaculatas*) más con lágrimas que con palabras (*magis fletu quam affatu*), pues para que la atención sea intensa es preciso que no sea prolongada” (*Epist.* 130, 20, Cf. también BASILIO, *Reg.* 108 y CASIANO, *Col.* IX, 8, 15; XXII, 56). Así, la pecadora Thais no hacía sino decir muchas veces al día la jaculatoria: “Tú que me creaste, ten piedad de mí”. También podían ser estas oraciones las colectas o compendios del contenido de un salmo, que pronunciaba después de él el que presidía la plegaria; eran breves y fáciles de retener para recitarlas en un momento dado (cf. CASIANO, *Instit* II, 6, 7 y 8). No obstante, cabe la posibilidad de que se trate a veces de la simple recitación de salmos, pues solían saberlos de memoria y rezarlos incluso durante su trabajo manual, según aquello del capítulo 18 de la Regla de San Benito: “... leemos que nuestros Santos Padres cumplían animosamente en un solo día lo que ojalá nosotros, tibios, ejecutamos en toda una semana”; y se refiere al salterio recitado por los monjes.

CAPÍTULO XXI

EULOGIO Y EL LISIADO

He aquí lo que me contó Cronio, presbítero de Nitria: “En mi adolescencia, acosado por la melancolía, huí del monasterio de mi archimadrita y anduve errante en todas las direcciones. Por fin llegué a la montaña del venerable Antonio ¹. Estaba situada entre Babilonia y Heraclea, hacia el lado del gran desierto que conduce al mar Rojo, a unas treinta millas del Nilo.

Llegado, pues, al Monasterio que está a la orilla del río, en un lugar llamado Pispiren (donde residían sus discípulos Macario y Amatas, que le enterraron después de muerto), tuve que esperar cinco días antes de poder hablar con el santo Antonio.

Decíase que solía presentarse en el Monasterio a veces cada diez días, otras cada veinte, a veces cada cinco, según la inspiración de Dios, para ser de provecho a los que estaban de paso en él. Se había reunido allí un gran número de hermanos con distintas necesidades y problemas, entre los cuales había un tal Eulogio, monje de Alejandría y otro lisiado ², los cuales fueron allí por el motivo siguiente:

“EN TU NOMBRE, SEÑOR, ACOJO A ESTE LISIADO”

Este Eulogio era un letrado que había terminado el ciclo de sus estudios ³. Mas inducido por un deseo vehemente de inmortalidad, renunció al ruido y agitación del mundo, y habiendo distribuido sus bienes, se reservó una pequeña cantidad de dinero porque no podía trabajar. Muy desalentado, no quería entrar en ninguna comunidad, y por otra parte, no se resolvía a vivir solo. En cierta ocasión halló

yaciendo en la plaza pública a un lisiado a quien faltaban los pies y las manos. Sólo tenía expedita la lengua para desgracia de los transeúntes.

Eulogio se detuvo, contempló al paciente e hizo mentalmente un pacto con Dios diciendo en su interior: “En tu nombre, Señor, acojo a este lisiado y lo consolaré hasta la muerte, a fin de que por mediación suya me salve yo también. Concédeme paciencia para servirle y atenderle”. Y acercándose al lisiado le dijo: “Si quieres, oh grande ⁴, te llevaré a mi casa, y cuidaré de tí”. “Ya lo creo”, respondió. “¿Quieres que alquile un asno y te lleve?” Asintió el lisiado y Eulogio alquiló el asno, colocó al lisiado sobre la cabalgadura y lo condujo a la habitación reservada para los huéspedes. Y cuidaba de él con esmero.

CELO Y MAGNANIMIDAD DE EULOGIO

Durante quince años perseveró Eulogio asistiéndole, lavándole y curándole con sus propias manos y alimentándole cual convenía a su dolencia.

Al cabo de quince años el demonio se enseñoreó del paciente. Este se reveló contra Eulogio y empezó a llenarle de injurias y ultrajes, diciendo: “¡Asesino, ladrón, que has robado a los demás y ahora pretendes salvarte a mi costa! ¡Echame a la plaza pública, quiero carne!” Le llevó carne Eulogio. Mas persistió aquél ultrajando a su bienhechor: “¡No me basta, quiero ver gente, quiero estar en la plaza! ¡Oh violencia! ¡Déjame donde me encontraste!” Si hubiera tenido manos, acaso se hubiera ahorcado: hasta tal punto le había tornado furioso Satanás.

Entonces Eulogio se dirigió a unos ascetas vecinos y les preguntó: “¿Qué debo hacer? Este lisiado me ha reducido a la desesperación. ¿Qué os parece, le arrojó de mi lado? Si le echo, temo hacerlo porque di mi palabra a Dios de acogerle y servirle. Si no le echo, me hace la vida imposible, pues no me deja en paz ni de día ni de noche. He hecho cuanto he podido por él”.

DICTAMEN DE LOS ANCIANOS

Los ascetas contestaron: “Como aún vive el Grande —así llamaban a Antonio—, ve a entrevistarte con él. Mete a ese infeliz en una barca y

llévatelo al monasterio y espera hasta que llegue él de la gruta. Entonces le dices de qué se trata. Sea cual fuere su decisión, atenta a lo que te diga, pues Dios te habla por su boca”.

Eulogio les escuchó con resignación, y colocando al lisiado en una pequeña embarcación, salió de la ciudad de noche y lo condujo al monasterio de los discípulos de san Antonio.

Ocurrió que el Grande llegó al día siguiente, muy entrada la noche, según nos cuenta Cronio, envuelto en una manta de piel. Al llegar al monasterio tenía costumbre de llamar a Macario y preguntarle: “Hermano Macario, ¿han llegado hermanos?” “Sí”, respondía. “¿Son egipcios o jerosolimitanos?” Y es que le había dado esta consigna: “Si ves que son indiferentes o descuidados, dime «egipcios»; de lo contrario, si son piadosos y circunspectos, dime que son «jerosolimitanos»”.

Le preguntó, pues, como de costumbre: “Los hermanos son egipcios o jerosolimitanos?” “Hay de todo” dijo Macario. Por una parte, cuando le decía: “Son egipcios”, san Antonio contestaba: “Guisa lentejas y dáselas para comer”. Luego hacía oración y los despedía. En cambio, cuando decía: “Son jerosolimitanos”, se sentaba, velaba toda la noche con ellos y les hablaba de las cosas de la salvación.

Aquella tarde, pues, se sentó, les interpeló a todos, y sin que nadie le hubiera dicho cómo se llamaba, estando a oscuras, levantó la voz y dijo: “Eulogio, Eulogio, Eulogio”, por tres veces consecutivas. El letrado no respondió, creyendo que llamaba a otro Eulogio. Nuevamente le dijo: “Me dirijo a ti, Eulogio, que has venido de Alejandría”. “¿Qué mandas?” dijo aquel asombrado: “¿A que venías?” Eulogio respondió diciendo: “Quién te ha revelado mi nombre, seguramente te ha revelado también el asunto que me trae”. “Se para qué has venido —le dijo Antonio—, pero dilo en presencia de todos los hermanos, para que también ellos lo oigan”.

Entonces Eulogio habló así: “Encontré a este mutilado en la plaza pública y di palabra a Dios de asistirle para salvarme yo por su medio y él por medio de mí. Mas como después de tantos años me atormenta en extremo, he concebido el propósito de abandonarle: por eso vine a verte, para que me aconsejes qué debo hacer y ruegues por mí, pues estoy profundamente afligido”.

Entonces le dijo Antonio con voz grave y austera: “¿Cómo! ¿Le abandonas? Pues mira que su Creador no le abandona. ¿Le arrojas? Pues Dios suscitará otro mejor y más fiel que tú para que le acoja”. Eulogio, que hasta entonces había permanecido tranquilo, empezó a atemorizarse.

Entonces Antonio dejó a Eulogio y comenzó a fustigar al lisiado y gritarle: “Mutilado, maltrecho, indigno de la tierra y del cielo, ¿no acabarás de combatir a Dios? ¿Ignoras acaso que es Cristo quien te sirve? ¿Osas proferir tales palabras contra Cristo? ¿No se ha hecho tu hermano por amor de Cristo esclavo tuyo para servirte?

Y después de regañarle severamente, le dejó también. Habló luego con todos los demás sobre lo que convenía hacer, y después volvió a Eulogio y al mutilado y les dijo: “No deis vuelta alguna; idos, no os separéis el uno del otro y volved a vuestra celda donde habéis vivido juntos tanto tiempo. Porque Dios va a ir allí en vuestra busca. Esta tentación os ha sobrevenido, sin duda alguna, porque ambos os encamináis al mismo fin y vais a ser juzgados dignos de la corona. No hagáis, pues, nada más, y al venir el ángel, que no os encuentre en este lugar”.

Entonces apresuraron el paso y llegaron a su celda. Allí murió Eulogio al cabo de cuarenta días, y le siguió el lisiado al cabo de otros tres.

MANIFESTACIONES DE CRONIO

Cronio, por su parte, después de vivir en diferentes sitios de la Tebaida, bajó a los monasterios de Alejandría. Ocurrió que la comunidad había conmemorado ya el día cuadragésimo de la defunción del uno y el tercero del otro⁵. Al saberlo Cronio, quedó estupefacto. Entonces cogió los santos Evangelios y colocándose en medio de la comunidad refirió lo que había acontecido: “He actuado de intérprete en todas estas conversaciones, pues el bienaventurado Antonio no conoce el griego; yo, en cambio, como sabía ambas lenguas, les hice de intérprete: a los unos en griego y a éste en egipcio”⁶.

Aún añadió Cronio: “Aquella misma noche nos explicó el bienaventurado Antonio: «Durante un año entero supliqué al Señor que me

fuese revelado el lugar de los justos y de los pecadores. Vi a un gigante que se elevaba hasta las nubes, negro, con ambas manos extendidas al cielo. A sus pies se abría un lago inmenso dilatado como el mar; al mismo tiempo veía a las almas remontar el vuelo como los pájaros. Las que volaban por encima de sus manos y cabeza se salvaban; en cambio, las que recibían un golpe de sus manos caían al lago. Entonces oí una voz que decía: Las almas que ves volando arriba son las almas de los justos, que van al paraíso; las otras son arrojadas al infierno porque siguieron las inspiraciones de la carne y del rencor»”.

NOTAS

1. Es de notar que Antonio tenía dos celdas, o lo que era sinónimo para los solitarios, dos monasterios (véase nota 1 al cap. 76): una en Pispir, a treinta millas del Nilo que se llamaba también la “Montaña exterior”, y otra junto a la ribera del Mar Rojo, en la llamada “Montaña interior” o “Mar Antonios”. En cuanto a Babilonia y Heraclea, la primera estaba situada donde hoy es el sur de El Cairo, y la segunda, en el límite de la Tebaida.

2. λελωβημενξ lisiado (en latín *elephantiosus*), de resultas de la lepra o elefantiasis que había sufrido anteriormente.

3. εγκυκλιων, el ciclo de ciencias que comprendía la física, geometría y astronomía, ética, teología y metafísica. Macario de Egipto (*PG*, 34, c. 463) habla de la formación del letrado o como dice Paladio del σχολαστιχος.

4. Expresión de obsequiosa cortesía.

5. Entre los griegos está en uso la conmemoración del día 40°, mientras que entre los latinos y el Oriente, el 30°. En tales días se ofrece el Santo Sacrificio del sufragio del o de los difuntos. Véase el capítulo 33 de esta *Historia*, en que el sacerdote prohibió que se ofreciera la Oblación por las dos monjas suicidas.

6. Según san Jerónimo (*Vita Hilarionis*, 25), el intérprete habitual de Antonio era Isaac.

CAPÍTULO XXII

PABLO EL SIMPLE

El mismo Cronio, así como el venerable Hiérax ¹ y muchos otros que pienso traer a colación más adelante, contaban la historia siguiente:

“Un tal Pablo ², rústico campesino, inocente y simple a ultranza, fue unido en matrimonio a una mujer bellísima, pero no menos depravada en sus costumbres. Supo ella ocultar hábilmente las relaciones que tenía con otro hombre amante suyo.

Un día, habiendo vuelto del campo de improviso, Pablo los cogió in fraganti haciendo cosas vergonzosas. La providencia conducía ya a Pablo hacia lo que le sería más ventajoso. Pablo, sin inmutarse, logró sonreír discretamente y les dijo: «¡Bien, muy bien! En realidad, de verdad a mí no me importa. Pero, por Jesús Salvador que ya no la conservaré a mi lado. Ve y quedatela en buena hora con sus hijos; yo me voy..., me haré monje».

Y sin haber advertido nada a nadie, cruza rápidamente las ocho celdas que halla en el camino, llega a la del bienaventurado Antonio y llama a la puerta; éste sale y le pregunta: «¿Qué quieres?» «Quiero hacerme monje», contesta. «Ya eres un viejo de sesenta años —replica Antonio—; no puedes ser monje aquí; es mejor que te vayas al pueblo y te ocupes en alguna tarea y lleves una vida hacendosa, dando gracias a Dios; no creo que puedas soportar las privaciones del desierto». «Haré cualquier cosa que me enseñes», insistió una vez más el anciano. «Te he dicho y te repito que eres viejo y no podrías —replicó Antonio—; si quieres ser monje, ve a un cenobio donde haya una gran comunidad que pueda soportar tus achaques. Aquí estoy solo, como únicamente cada cinco días y aun esto por hambre».

Con estas y otras razones semejantes intentaba ahuyentar a Pablo. Y para darle una negativa más rotunda cerró Antonio sobre sí la puerta de la celda y en tres días no salió a causa de Pablo, ni siquiera para satisfacer sus menesteres.

ENTEREZA Y CONSTANCIA DE PABLO

Pablo, empero, no se retiró. Al cuarto día, precisado por la necesidad, abrió Antonio la celda, salió y le dijo otra vez: «¡Pero vete ya de aquí, viejo! No te hagas pesado. Convéncete que no puedes quedarte en mi celda». Y Pablo: «Me es imposible morir en otra parte que aquí».

Ante esta instancia Antonio le examinó, y viendo que no traía nada consigo para comer, ni pan ni agua, y que había resistido en ayunas cuatro días, pensó: «No sea que desfallezca y muera y manche yo mi alma». Y le admitió en su compañía.

Precisamente por aquellos días Antonio había adoptado un género de vida cual nunca lo había llevado en su juventud. Mojó unas hojas de palmera y le dijo: «Ten, trénzalas y haz cuerda como yo hago»³. Trenzó el viejo quince brazas hasta la hora de nona, fatigándose mucho. Al verlo, Antonio fingió enojarse y le dijo: «¡Qué mal lo has hecho! Deshazlas y vuelve a empezar».

A pesar de estar Pablo en ayunas y ser tan viejo, Antonio le ordenó esta tarea tan ingrata para que el anciano se impacientara y se marchase. Pero Pablo deshizo y volvió a tejer las mismas hojas, lo cual era prolijo y ciertamente más difícil, porque las hojas se habían arrugado en extremo.

Al ver Antonio que no murmuraba, ni se amilanaba en su corazón, ni tampoco se lamentaba, quedó compungido y se compadeció de él.

Hacia la puesta del sol le dijo: «Si quieres, comeremos un men-druco de pan». «Como quieras, padre mío», dijo Pablo. Lo cual volvió a sorprender a Antonio, pues no se había apresurado con afán al oír la palabra comer, antes le había cedido el permiso a él.

«Pon, pues, la mesa y trae unos panes». Antonio le presentó algunos bizcochos de seis onzas cada uno. Mojó en agua cuatro (pues estaban secos), uno para sí y tres para su compañero. En seguida entonó Antonio uno de los salmos que sabía, y tras de salmodiarlo doce veces, doce veces oró para probar a Pablo. Más éste, se unió a la

plegaria con devoción, pues, según tengo para mí, habría preferido comer escorpiones que cohabitar con una mujer adúltera.

COLOQUIO EN LA CENA

Terminadas las doce oraciones, se sentaron a la mesa muy entrada la noche. Ahora Antonio comió uno de los bizcochos y dejó intactos los otros. El anciano, más lento y rezagado, aún comía su pequeño bizcocho. Antonio estaba esperando que lo terminara y le dijo: «Come, hermano, otro bizcocho». «Si tú comes —le dijo Pablo—, yo también; pero si no lo haces, yo tampoco». «A mí me basta, pues soy monje», dijo Antonio. «Pues yo también tengo bastante, pues también deseo ser monje».

Entonces se levantó de nuevo y recitó doce oraciones y entonó doce salmos. Durmió un poco conciliando el primer sueño y luego despertó para salmodiar desde la medianoche hasta el amanecer. Viendo, pues, que el viejo seguía celosamente su estilo de vida, le dijo: «Si puedes resitir cada día como hoy, quédate conmigo». «Si hay algo más —dijo Pablo—, no lo sé; pero lo que he visto hasta ahora, lo haré con facilidad».

HE AQUÍ QUE YA ERES MONJE

Al día siguiente le dijo Antonio: «He aquí que ya eres monje».

Convencido, al fin, Antonio, después de los meses transcurridos, que Pablo era un alma perfecta y de una simplicidad extrema coadyuvando en él la gracia, le construyó una celda a unas tres o cuatro millas de distancia, y le dijo: «Ya eres monje». Vive sólo para sufrir pruebas de parte de los demonios. Y así, al cabo de un año de vivir allí, Pablo fue digno de una gracia: luchas contra los demonios y las enfermedades.

Una vez llevaron a Antonio un poseso que, en su paroxismo, inspiraba terror. Estaba poseído de un demonio horrible, el cual lanzaba injurias incluso contra el cielo. Antonio lo examinó y dijo a los que lo llevaban: «Una obra así no es para mí, pues contra esta especie superior no me ha sido dada gracia alguna: eso le incumbe más bien a Pablo».

Habiendo, pues, partido, Antonio los condujo a donde estaba Pablo, y les dijo: «Pablo, padre mío, lanza a este demonio del hombre para que vuelva curado a su casa». «Pero ¿no lo haces tú?» replicó Pablo. «No puedo ahora —dijo Antonio—, tengo que hacer».

PABLO LIBRA AL POSESO

Antonio le dejó y se volvió a su celda. En consecuencia, el anciano Pablo se levantó, y después de suplicar a Dios con fervor, increpó al poseso diciendo: «Lo ha dicho el abad Antonio: ¡sal de ese hombre!» Mas el demonio gruñó lanzando improperios e injurias: «No saldré viejo de mala calaña». Entonces cogió su melote⁴ y le daba golpes a la espalda diciendo: «Sal, te repito; lo ha dicho el abad Antonio». Una vez más lanza el demonio un cúmulo de dicterios contra Antonio y contra Pablo. Por fin, éste se enfrenta con él en forma decisiva y le dice: «O sales o me voy a decírselo a Cristo. En nombre de Jesús, si no quieres salir, ahora mismo se lo digo. Ay de ti lo que te va a ocurrir». Aún gruñó, el demonio blasfemando y diciendo: «No saldré». Indignado entonces Pablo contra el demonio, salió de la estancia al filo del mediodía.

Es sabido que el bochorno de Egipto es pariente próximo del horno de Babilonia⁵. Pusóse en pie sobre una piedra de la montaña y oró de esta suerte: «Ya lo ves, oh Jesucristo crucificado bajo Poncio Pilato: que no bajaré de este peñasco, no comeré ni beberé hasta morir, si no lanzas de este hombre el mal espíritu, y así le pongas en libertad».

No había terminado de proferir estas palabras, cuando rugió el demonio exclamando: «¡Violencia, soy arrojado!», la simplicidad de Pablo me expulsa; ¿a dónde iré? De pronto salió el espíritu y se convirtió en un dragón de setenta codos que se arrastraba en dirección al Mar Rojo. Para que se cumpliese la palabra de la Escritura: «El justo anunciará una fe demostrada». Tal es el milagro de Pablo, al cual toda la comunidad monástica daba el apelativo de Simple”.

NOTAS

1. Monje de gran reputación y venerada memoria que menciona Paladio en su obra *Dialogus de Vita Chrysostomi*, y que vivió cerca del Mar Rojo, no lejos de los monasterios de San Antonio, y últimamente en Nitria.

2. Para algunos es el mismo del capítulo 22. En todo caso, no hay que confundirlo con Pablo primer ermitaño, cuya vida se atribuye a San Jerónimo.

3. La palmera era para los solitarios de Egipto un árbol que les procuraba el suficiente trabajo para la manutención y para ocupar el tiempo. Con sus hojas confeccionaban cestos, cuerdas y otros objetos útiles. Este trabajo manual era considerado como factor importante en su vida de ascetismo.

3. La melota era una prenda del antiguo vestuario monástico egipcio, a modo de zamarra de piel de cabra (CASIANO, *Inst.* I, 7 y 10).

5. Expresión metafórica inspirada en una frase hecha o proverbial: su sentido obvio es el de ponderar los calores que sufren los egipcios, semejantes a los del “brasero” de Babilonia.

CAPÍTULO XXIII

PACON DE ESCETE

Se había establecido en Escete un cierto Pacón que había cumplido ya los setenta años.

Una vez me vi importunado por los incentivos de la sensualidad; me sentía abrumado por un cúmulo de pensamientos y representaciones nocturnas. Estuve a punto de abandonar el desierto acosado por aquella pasión incoercible; y, desde luego, no fui capaz de descubrir mis intenciones a los monjes vecinos, ni siquiera a mi maestro Evagrio.

Me interné entonces secretamente por el desierto y me hallé durante quince días con los Padres que habían envejecido en la soledad de Escete. Entre ellos me encontré con Pacón. Viendo en él a un hombre más íntegro y de vida ascética más ajustada que los otros, me sentí con alientos de abrirle mi corazón y revelarle sin rodeos lo que pasaba por mi mente. Así lo hice, en efecto.

EXHORTACIONES DE PACÓN

Después de escucharme me dijo: “No te extrañe; no sufres todo eso por culpa o negligencia tuya. Al contrario, el paraje solitario donde vives te disculpa en este caso; y eso, tanto por la falta de cosas necesarias como por la ausencia de contactos con el otro sexo. Eso más bien proviene de tu temperamento y es consecuencia de tu modo de ser”.

Y añadió el anciano: “Tres aspectos ofrece la lucha contra la fornicación: a veces la carne levantisca se impone, y nos hace sentir

sus apetencias; otras, son las pasiones las que incitan al cuerpo por medio de los pensamientos; y otras es el demonio quien atiza nuestra carne, a impulsos de la envidia que le carcome por nuestra vida buena. He llegado a esta conclusión después de observar mucho tiempo las manifestaciones de este vicio de la impureza. Como ves, soy hombre de edad: he pasado cuarenta años dentro de esta celda, solícito de la salvación de mi alma, y a pesar de esto y de mis años, tengo tentaciones”.

Afirmaba luego con juramento: “Durante doce años, desde que cumplí los cincuenta, no ha pasado una sola noche ni un solo día, que no me acometiera esa tentación. Por eso, imaginando que Dios se había alejado de mí y que me había abandonado y que a eso se debían mis descalabros, preferí morir como un irracional a contaminarme con la pasión del cuerpo. Abandoné la celda y anduve al azar por el desierto. Encontré la cueva de una hiena y entré en ella durante el día. Me eché cuan largo era en ella, desnudo, para que las fieras, al salir, me destrozaran y me devorasen ¹.

LUCHA CONTRA LA TENTACIÓN

A eso del atardecer, según aquello que está escrito «Tú tiendes las tinieblas y se hace la noche: en ella merodean todas las bestias salvajes» ², salieron las fieras, el macho y la hembra, husmearon el entorno, me olfatearon de pies a cabeza, lamieron mi cuerpo, y cuando creí que iban a devorarme, se alejaron de mí.

Estuve toda la noche tendido en el suelo y no me hicieron daño alguno; pensando entonces que Dios me había perdonado, volví a mi celda. Después de haberse contenido algunos días, redobló Satanás sus ataques contra mí, tanto que estuve a punto de perecer. Se transformó luego en una doncella etíope a quien yo había visto en mi juventud espigando durante el verano; sentóse insinuante sobre mis rodillas, y tanto me excitó que llegué a pensar que había consentido en el pecado. Entonces, indignado, le di un bofetón y desapareció. Pues bien, durante dos años no pude soportar el hedor que despedía mi mano” ³.

Preso del desánimo, por no decir de la desesperación, anduve a la ventura por una y otra parte del yermo, hasta que encontrando un pequeño áspid lo cogí y lo apliqué a mis partes para que me mordiese

y pudiera morir así de su ponzoña. Aplastando la cabeza del animal contra la carne, que era la causa de mi tentación, no me mordió. Entonces sentí en mi interior una voz que me decía: «Vete, Pacón y lucha animosamente. Porque por eso he permitido que te vieses acosado, para que no te ensoberbecieras de tu poder, antes conociendo tu flaqueza, no confiaras demasiado en ti mismo y en tu manera de vivir, sino que esperaras en el auxilio de mi gracia».

Convencido entonces y consolado con estas palabras, volví sobre mis pasos. Seguí después con confianza, sin preocuparme más de aquella lucha, y he gozado de paz con el resto de mis días. Por lo demás, el demonio, conociendo mi desdén y mi desprecio, no se ha atrevido a acercarse más a mí”.

NOTAS

1. Confesiones y relatos análogos encontramos en las *Vitae Patrum*, por ejemplo, la de Macario, en *libr.* III, 61, y de Apolo en *libr.* V, 5, 4.

2. *Sl* 103, 20.ç

3. Hechos milagrosos como los que describe aquí Paladio los hay parecidos en la literatura hagiográfica de los antiguos monjes. Véase, por ejemplo, por no citar más que un caso clásico, la *Vida del monje Malco* escrita por san Jerónimo (*PL.* 23, 53-60).

CAPÍTULO XXIV

ESTEBAN DE LIBIA

Un varón por nombre Esteban, oriundo de Libia, residió durante sesenta años junto a las riberas de la Marmárica y de la Mareótica ¹.

Había llegado a un grado muy alto de ascetismo y de discernimiento. De modo que fue considerado digno de una gracia por la cual todo hombre afligido de cualquier género de tristeza, que le iba a visitar, volvía curado y contento a su casa.

Fue conocido también del bienaventurado Antonio, y vivió hasta nuestros días, si bien no lo he visitado a causa de la distancia que me separa de él. Pero los que vivían con los santos Ammonio y Evagrio ², que le conocieron, me explicaron lo siguiente:

“Le sorprendimos postrado en el lecho por una dolencia que el médico pudo localizar en sus partes íntimas. Se le había formado una llaga cancerosa llamada *fagedénica* ³. Le hallamos en un momento en que el facultativo le estaba curando. Trabajaba con las manos, tejía palmas y hasta conversaba con nosotros mientras el resto del cuerpo era operado. Y se hallaba en tal disposición de ánimo que parecía que estuviesen interviniendo y cortando no su carne, sino la de otro. A pesar, pues, de que los miembros le fueron amputados como cabellos, se mostraba insensible, sin duda por su admirable e intensa vida espiritual.

Y como nos sentíamos tristes y lamentábamos que una existencia como la suya estuviese sujeta a tales sufrimientos y operaciones, nos dijo: «Hijitos, no os preocupéis por esto, pues Dios no hace nada por malicia sino por algún fin útil. Tal vez estos miembros merecían un castigo, y es preferible que satisfagan ahora a la justicia que después al salir del estadio de este mundo» ⁴.

Así, pues, tras de exhortarnos y consolándonos de este modo, nos edificó sobremanera con su ejemplo.

Os he contado todo esto para que no os extrañe si alguna vez veis a almas tan santas sujetas a tales sufrimientos”.

NOTAS

1. Sobre estas regiones recuérdese lo que el mismo Paladio nos ha dicho en el capítulo 7: “Entre Nitria y Alejandría hay un lago llamado maría de setenta miliarios de extensión. Hice la travesía en un día y medio”. Mareotis es, pues, el lago María. En cuanto a la Marmárica, era la región comprendida entre el Egipto y la Cirenaica, o actual Tripolitania.

2. Sobre Ammonio y Evagrio, véanse los capítulos 10 y 35 de esta *Historia*.

3. φαγεδονα designa una especie de gangrena o moho roedor, algo así como cáncer. En latín *gangraenae genus*.

4. Dejamos consignada en la Introducción la importancia de este pasaje que constituye una alusión palmaria al Puratorio que tendrá lugar después de esta carrera “al salir del estadio”, y cuyas penas tienen por objeto satisfacer a la justicia divina por nuestros pecados no satisfechos.

CAPÍTULO XXV

PRESUNCION DEL MONJE VALENTE

Hubo un tal Valente, palestinese de nación, pero corintio de alma. Porque san Pablo atribuye a los corintios el vicio de la presunción ¹.

Se retiró al yermo y durante varios años vivió en nuestra compañía. Llegó a tal punto su orgullo, que fue víctima de las falacias del demonio. Engañándole éste poco a poco solapadamente, le indujo a envanecerse hasta pensar que le visitaban los ángeles.

Un día, según explicaban, trabajando a oscuras, le cayó la aguja con que cosía un cestillo; como no la encontraba, el demonio prendió una luz y así halló la aguja. Enorgullecido también por esto, andaba vanagloriándose, y volvióse tan presuntuoso que llegó hasta tener en menos la participación en los sagrados misterios.

Sucedió un día que llegaron unos forasteros y trajeron algunas golosinas a la comunidad de los hermanos. El venerable Macario ², nuestro capellán, las aceptó complacido e hizo llevar parte de ellas en una bolsita a la celda de cada uno de nosotros, como también a Valente. Mas éste agarró al portador del obsequio, le injurió golpeándole groseramente y le dijo: “Vuélvete y dile a Macario que no le soy inferior porque me mande una elogia” ³.

Reconoció Macario que era víctima de la ilusión y al día siguientes fue a su celda para exhortarle. “Valente —le dijo—, estás siendo víctima de una ilusión. Termina ya de una vez”.

Valente no hizo caso de las advertencias del capellán, y éste se retiró.

Seguro el demonio de que había logrado engañarle con sus ardi- des, disfrazóse y tomó las apariencias del Salvador. Presentóse de noche en una aparición con un millar de ángeles que llevaban antor- chas en sus manos y un círculo de fuego en el cual parecía resplande- cer el Señor. Uno de los ángeles se anticipó diciendo: “He aquí que Cristo se ha complacido en tu conducta y en la sencillez e integridad de tu vida; por eso viene a verte ahora. Sal, pues, de tu celda; no tienes que hacer otra cosa que prosternarte cuando le veas de lejos, le adores y vuelvas luego a entrar en tu celda”. Salió, pues, y al contem- plar la hilera de ángeles que alumbraban el ambiente con antorchas, y al divisar al anticristo, se postró y le adoró.

CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD

Al día siguiente, presa de la alucinación, tornó a delirar hasta el punto de entrar en la iglesia y decir a los hermanos reunidos: “Yo no tengo necesidad de comunión, ni falta que me hace, porque he visto a Cristo hoy”.

Entonces los Padres, sin pérdida de tiempo, lo ataron, y habiéndole puesto grillos ⁴, le tuvieron bajo su vigilancia durante todo un año. Trataron de destruir la buena opinión que se había formado de sí mismo, por medio de la oración, por la indiferencia que mostraron con respecto a él y una vida más inactiva ⁵, según aquella sentencia: “Para los contrarios hay que adoptar remedios contrarios” ⁶, es decir, “un mal se cura con su contrario”.

Me parece necesario insertar en esta obrita la vida de hombres semejantes para aleccionamiento y seguridad de los lectores. Del mismo modo que entre las plantas del paraíso había el árbol de la ciencia del bien y del mal, así también aquí. Para que, si alguna vez practican alguna obra virtuosa, no se ensoberbezcan de su virtud. Pues a menudo, incluso la virtud puede ser motivo de culpa cuando no se practica con recta intención. No en vano está escrito: “Vi al justo perderse en medio de su justicia: he aquí una vanidad” ⁷.

NOTAS

1. *1 Cor.* 4, 6 y 18.

2. El Alejandrino. Como Macario el Egipcio, fue anacoreta en los desiertos de Escete y Nitria. De él se habló ya en el capítulo XXVIII.

3. *Eulogia* significó, en primer lugar, la Eucaristía; así, en las *Vitae Patrum*, V, 15, 8. Significó asimismo los panes ofrendados por los fieles, que no habiendo sido consagrados, se repartían al final de la misa. En consecuencia, designó los panes bendecidos que mutuamente se enviaban obispos y presbíteros en calidad de presentes de carácter religioso, o también en señal de comunión en una misma fe o amistad. El mismo San Benito recibió un pan envenenado so pretexto de eulogía (SAN GREGORIO M., *Dial.*, II. 8). finalmente, se aplicó en sentido lato a cualquier género de pequeños regalos entre eclesiásticos.
4. Procedimiento un tanto draconiano, pero sumamente eficaz cuando se trataba de sujetos irreducibles como el que nos describe aquí Paladio. Era un medio que usaban los Padre del desierto para curar a estos exaltados: con él les hacían entrar en razón, devolviéndoles una psicosis normal que les permitiera juzgar con más cordura de la realidad de las cosas.
5. Es la misma terapéutica usada con Abramio, en el capítulo 53: ofuscado por una turbación de su espíritu, los Padres le apartaron de la vida solitaria reduciéndole a otra más indiferente. Abramio cayó entonces en la cuenta de su engaño.
6. Sentencia que ocurre con frecuencia, en los escritores ascéticos de la antigüedad. Por ejemplo, CASIANO, *Inst.* 9, 4. Es de Hipócrates y encierra una norma curativa que aplicaron los Padres no pocas veces a los díscolos y alucinados, o que eran víctimas de ofuscación.

CAPÍTULO XXVI

HIERON EL ALEJANDRINO

Tuve por vecino a un joven llamado Hierón, natural de Alejandría. Era un muchacho de relevantes prendas, de maneras cultas, dotado de una inteligencia clara y además puro de costumbres.

También éste, después de arrastrar muchos trabajos, cayó en el pecado del orgullo¹. Enfermó de una dolencia en el cuello y se ensoberbeció en presencia de los Padres hasta llegar a insultar al bienaventurado Evagrio, diciendo: “Los que siguen tus enseñanzas son unos incrédulos, porque no se debe tener más maestro que a Cristo”.

Su locura le hacía tergiversar las palabras de la Escritura, diciendo: “El mismo Salvador afirmó: No llaméis maestro a nadie de la tierra”².

Llegó hasta tal punto su obcecación y desvarío que fue también necesario someterle más tarde con grillos de hierro, porque no quería participar en los divinos misterios.

Me es cara la verdad³. En su régimen de vida fue extraordinariamente sobrio, de modo que muchos que tuvieron la oportunidad de tratarle de cerca decían que a menudo no comía sino cada tres meses, pues le bastaba la sagrada comunión y algunas hierbas silvestres. De esto puedo decir que soy yo mismo testigo, pues pude comprobarlo cuando fui a Escete con el bienaventurado Albino⁴.

ES EL ORGULLO EL PRINCIPIO DEL MAL

Escete estaba con respecto a nosotros a una distancia de cuarenta miliarios⁵; durante el tiempo que empleamos en recorrer esta distan-

cia tomamos alimento dos veces y tres bebimos agua; él, en cambio, sin probar nada, iba a pie, y recitó de memoria quince salmos, seguidos del más largo, el 118⁶, después la Epístola a los Hebreos, por fin Lucas evangelista y los Proverbios. A pesar de esto, no alcanzamos a seguir su paso.

Agitado al fin, como si le atizara un fuego en su interior, no pudo permanecer en su celda y yéndose providencialmente a Alejandría, con un clavo arrancó otro clavo, como suele decirse vulgarmente.

En efecto, se abandonó a la indiferencia y más tarde, cuando menos lo esperaba, encontró la salvación. Frecuentaba el teatro, el hipódromo y mataba el tiempo en las tabernas; de este modo, entregado a las comilonas y a la embriaguez, se hundió muy pronto en el lodo de la concupiscencia. Y cuando ya estaba resuelto a pecar, habiendo encontrado a una actriz, habló con ella acerca de sus desgracias.

Entretanto le salió un tumor maligno en las partes y estuvo durante seis meses tan enfermo que, víctima de una gangrena, se le desprendieron.

Mas después convaleció, aunque tras la amputación de aquellos miembros, y volvió a sus ideas religiosas.

Más tarde vino y lo confesó todo a los Padres. Ya casi no pudo trabajar porque murió a los pocos días.

NOTAS

1. CASIANO (Col. 2, 5) nos dice: “El anciano Hierón fue víctima de una ilusión diabólica y precipitado de un estado de gran penitencia hasta el más profundo abismo. Había permanecido durante cincuenta años en este desierto... con un fervor admirable. Mas se dejó alucinar por el tentador y nos ha llenado a todos en el desierto de la mayor consternación. Estaba falto de discreción y se guiaba por su propio juicio antes que seguir los consejos de nuestros Padres. El orgullo fue el lazo en que cayó prendido.

2. Mt 23, 9.

3. φιλη δε η αληθεια. Otros *slogan* o sentencia de entre los muchos que empleaban los Padres del desierto, que entrañaban una divisa o lema moral. Podría traducirse enfáticamente: “Nada me es tan caro como la verdad”.

4. Sólo sabemos que era discípulo de Evagrio Póntico. Se le cita en varios lugares, pero sin que se nos den otros pormenores.

5. Esto es, a cuarenta millas de las Celdas.

6. Que consta de 176 versículos y en que el salmista se explaya en alabanzas de la ley.

CAPÍTULO XXVII

VIDA DE PTOLOMEO

Otro que se llamaba Ptolomeo tuvo una vida difícil, por no decir imposible, de narrar.

Fijó su morada a la otra parte de Escete, llamada Clímax ¹. Suele darse este nombre a un paraje inhóspito en el que no se podía prácticamente vivir porque el pozo más cercano de los monjes dista de allí alrededor de dieciocho millas.

Cargaba sobre su cabeza un sin número de jarras sicilianas de barro cocido y se las llevaba para recoger el rocío de las piedras con una esponja en los meses de diciembre y enero ². En realidad, en esta temporada del año el rocío suele ser muy abundante. Así, durante quince años que habitó en aquella zona se contentó con la mínima porción de agua que podía recoger con este procedimiento.

Sin embargo, fue apartándose paulatinamente de la enseñanza y trato saludable de los santos varones, con el provecho espiritual que éste lleva consigo, así como también de la asidua participación en los divinos misterios ³. Llegó a tal extremo su descarrío, que osó afirmar que las cosas no son nada, sino que todo ocurre por casualidad. Aún hoy corre la voz de que se ha vuelto muy altivo y orgulloso y que anda todavía vagabundo por Egipto, dado por completo a las delicias del paladar y a la embriaguez, no comunicándose ni alternando con nadie.

Esta es la desgracia que sobrevino a Ptolomeo por su soberbia. Su petulancia, falta en absoluto de razón, recuerda aquello de la Escritura: "Los que no tiene dirección, caen como hojas que empuja el viento sin rumbo fijo" ⁴.

NOTAS

1. Nombre griego propio que significa “escalera”. No es fácil identificarlo en la zona a que alude Paladio, aunque parece que se hallaba al oeste de Escete.

2. En realidad, el rocío es harto copioso en Oriente, hasta el punto de que es suficiente a veces para mantener la humedad del suelo y garantizar una cosecha de legumbres en verano. Sin embargo, no deja de parecer un tanto exagerado el gesto de Ptolomeo, a menos que por un fin ascético sólo se propusiera disponer de la misma cantidad de agua que podía recoger con tal procedimiento.

3. O sea, en la sinaxis litúrgica, en que se reunían los Padres, y en la comunión. En el capítulo 17 Macario recomienda, como antídoto contra los sortilegios y las alucinaciones, la comunión y la asistencia a los divinos misterios y se dice que la ausencia de cinco semanas es ya una abstención digna de castigo.

4. *Pr* 11, 14.

CAPÍTULO XXVIII

LA VIRGEN CAIDA

Conocí también en Jerusalén a una virgen que se vestía de saco hacia seis años y vivía recluida en casa, sin permitirse jamás nada de lo que pudiera fomentar el placer.

Pero más tarde, abandonada de Dios a causa de su orgullo y arrogancia, cayó lamentablemente, hundiéndose en el vicio de la carne. Un día abrió su ventana e introdujo en su estancia al que le asistía y pecó con él.

En realidad no había practicado la vida ascética por motivos sobrenaturales, es decir, por amor a Dios, sino por ostentación humana, lo cual es señal de vanagloria y de intención torcida. En efecto, había enderezado sus pensamientos a censurar a sus semejantes, viendo la mota en el ojo ajeno y no reparando la viga en el suyo, con lo que ya no tuvo junto a sí al custodio de la castidad ¹.

NOTA

1. Este "custodio de la castidad" es el ángel. Para Paladio y los antiguos monjes, el ángel (como también el demonio) juegan un papel importante en la vida de los hombres. Es algo así como el guardián de la virtud de los humanos. (Véase la INTRODUCCIÓN).

CAPÍTULO XXIX

ELIAS EL ASCETA

Un tal Elías, asceta, fue un gran amigo y protector de las vírgenes. Hay almas, en efecto, cuya bondad se revela por sus fines, máxime cuando estos fines van regidos y animados por la virtud.

Compadecido de las mujeres que practicaban el ascetismo, y poseyendo bienes de fortuna, construyó un gran monasterio en la ciudad de Atribe ¹. En este monasterio reunió a todas las que vivían dispersas, atendiéndolas como era debido y proporcionándoles todo género de comodidades, jardines, utensilios y todo lo necesario que reclama una vida claustral.

Sin embargo, ellas, habiendo llevado géneros de vida muy diferentes, y siendo de procedencia muy distinta, al tener que convivir unas con otras no tardaron en entablar continuas disputas, de modo que constantemente se peleaban entre sí.

Como Elías tenía que escucharlas, y en lo posible poner paz entre ellas —pues había reunidas unas trescientas—, se vio precisado a vivir en el monasterio durante dos años.

Estando entonces en la plenitud de sus facultades —tenía aproximadamente treinta y cuatro años—, le asaltó la tentación de la voluptuosidad. Al punto se alejó del monasterio en ayunas, y anduvo errante dos o tres días por las profundidades del desierto, rogando una y otra vez: “Dios mío, te lo suplico, hazme morir para que no tenga que verlas afligidas, o quítame esta pasión para poder ocuparme en su servicio según los dictámenes de la razón”.

Al anochecer, cuando caía la oscuridad sobre el yermo, quedóse dormido, y acercándosele tres ángeles, según refería él mismo, le asieron, diciéndole: “¿Por qué has salido del monasterio de las mujeres?” El les manifestó la causa, diciendo : “Porque he temido causarles daño y causarmelo a mí”. A lo que respondieron los ángeles: “Si te libramos de esta pasión, volverás al monasterio para seguir teniendo cuidado de ellas, ¿no es así?” Elías asintió. Mas los ángeles le exigieron antes un juramento. Y decía él que el juramento consistía en estas palabras: “Júranos esto: Por el que tiene solicitud de mí, yo tendré solicitud de ellas”. Y les hizo el juramento. Entonces uno de los ángeles le cogió por las manos, otro por los pies, y el tercero con un cuchillo lo castró, pero no en realidad, sino por modo imaginario o en sentido figurado ².

Le pareció a Elías que había sido curado mientras se hallaba en éxtasis ³. Entonces le preguntaron: “¿Te sientes mejor ahora, sientes algún alivio?” “Sí –respondió–, me siento mucho mejor, y estoy persuadido de que he quedado libre de la pasión”. Entonces contestaron los ángeles: “Ya puedes irte”.

Al cabo de cinco días llegó al monasterio. Estaba todo sumergido en la desolación y la tristeza a causa de su ausencia. Entró y se instaló en su recinto, en una celda desde la cual, estando más cerca, podía corregir a las mujeres constantemente en todo lo que de él dependía.

Vivió Elías otros cuarenta años, y aseguraba a los Padres: “Nunca más subió la tentación a mi mente”. Tal fue el don de este varón santo, que desplegó tan gran solicitud y celo por el monasterio.

NOTAS

1. Un gran personaje de la Iglesia copta, Schenoudi, había Fundado un monasterio de mujeres en esta ciudad que estaba situado cerca de Panópolis, en la Tebaida. Existía otra localidad del mismo nombre en el Delta, pero seguramente Paladio se refiere aquí a aquella, cuyo monasterio de religiosas es con mucha probabilidad el de que aquí se trata.

2. φαντασίαν. A la letra, “según fantasía”. Se ha llamado la atención sobre este punto como demostrativo de un rasgo que revela la imparcial sinceridad de Paladio.

3. A propósito de este éxtasis, véase lo dicho en el capítulo 1 sobre el abad Isidoro.

CAPÍTULO XXX

DOROTEO, SUCESOR DE ELIAS

A Elías le sucedió Doroteo, varón probadísimo, que había llegado a la ancianidad después de una vida no menos virtuosa que activa¹. No pudiendo morar en el interior del monasterio como su predecesor, se encerró en el piso más alto. Allí abrió una ventana que daba al monasterio de las mujeres; la abría y cerraba a discreción o según las circunstancias. Permanecía de continuo sentado junto a la ventana, exhortándolas a la armonía entre ellas y a dirimir sus rencillas y querellas.

Así fue envejeciendo, viviendo siempre en el piso superior, sin que las mujeres subieran a él ni bajara él a sus estancias, pues no había escalera de acceso.

NOTA

1. βιω χρηστῶ καὶ ἐμπραχτῶ vida virtuosa (o santa) y activa. Expresión similar se encuentra en los escritores del yermo. Verbigracia. CASIANO en *Col* I, 1. El ideal del solitario era conjugar la vida de acción con la ascesis; el trabajo y la ayuda al prójimo con la vida santa y virtuosa.

CAPÍTULO XXXI

LA VIRGEN PIAMUN

Piamún fue una virgen que vivió los años de su vida al lado de su madre. Probaba sólo alimento cada dos días por la noche, y durante la jornada trabajaba hilando hilo.

Piamún fue considerada digna del carisma de profecía. Aconteció una vez que en Egipto, en la época de las crecidas del Nilo ¹, su pueblo trabó lucha con otro; la causa de la agresión fue el litigio originado por el reparto del agua que les pertenecía a entrambos. Resultaron de la reyerta algunos muertos, aparte de ciertas mutilaciones y diferencias recíprocas. Un pueblo, pues, más poderoso quiso avasallar al suyo, y una multitud de hombres armados con picas y mazas comenzaron a destruir su ciudad.

Un ángel se presentó a Piamún para revelarle la agresión que amenazaba al pueblo. Entonces hizo llamar a los ancianos y les dijo: “Salid, id al encuentro de la gente de ese pueblo que viene contra vosotros, para que no os veáis también envueltos en la ruina, y persuadidlos a desistir de esa lucha”.

Pero los ancianos, aterrorizados, cayeron a sus plantas, suplicándole y diciéndole: “Nosotros no nos atrevemos a salir a su encuentro, pues conocemos sus hábitos de embriaguez y la locura que les aqueja; pero si tú quieres compadecerte de todo el pueblo y de tu casa, sal tú misma y ve a su encuentro”. Ella no accedió, subió a la casita que poseía y pasó toda la noche orando sin tregua diciendo a Dios: “Señor, que juzgas la tierra y a quien no place injusticia alguna, te ruego que al llegar a Ti el aliento de esta oración haga que tu poder clave a esta gente en el mismo lugar en donde los alcance”.

Y hacia la hora primera, cuando estarían a unas tres millas de distancia, quedaron clavados en el mismo lugar, como entumecidos y sin poder moverse, como si hubieran sido presa de parálisis.

También les fue revelado que este obstáculo les había sobrevenido por intercesión de la virgen Piamún. Y habiendo enviado mensajeros al pueblo, pidieron la paz, diciendo: “Dad rendidas gracias a Dios y agradeced a Piamún, por cuya mediación nos ha puesto este tropiezo”.

NOTA

1. Cuando sale de madre inundando las zonas adyacentes; entonces el agua se dispersa en distintas direcciones y se distribuye según las categorías de las tierras inundadas.

CAPÍTULO XXXII

PACOMIO Y LOS TABENNESIOTAS

Existe un lugar en la Tebaida llamado Tabennesis ¹. Moraba aquí un tal Pacomio ², uno de aquellos varones que vivieron siempre en la rectitud del buen camino, y que por lo mismo fueron considerados dignos del don de profecía y de las visiones angélicas.

Poseyó en grado eminente el espíritu humanitario y de hospitalidad fraterna. Estando un día sentado dentro de su cueva, se le apareció un ángel ³ y le dijo: “Has cumplido perfectamente todos tus deberes. En vano, pues, estás ya en esta gruta. Sal y reúne a todos los monjes jóvenes, habita con ellos y dales leyes según las normas que yo te dictaré”. Y le dio una tablilla de bronce en la cual había escrito de antemano lo que sigue:

LA “REGLA DEL ÁNGEL”

“Permitirás a cada uno comer y beber según las exigencias de su complexión física”.

“Así también, proporcionalmente a las fuerzas de lo que comen, exigirás el trabajo; y no impedirás a ninguno ayunar ni comer”.

“No obstante, confiarás las tareas pesadas a los más fuertes y bien nutridos, y las menos penosas a los más débiles y a los que practican con más valor el ascetismo”.

“Asimismo construirás en el recinto celdas separadas en cada una de las cuales vivirán tres hermanos” ⁴.

“En cambio, la comida será distribuida a todos en el mismo local”.

“No deberán dormir completamente echados, sino que, haciéndose unas sillas de fácil construcción, algo inclinadas hacia atrás y extendiendo sobre ellas sus mantas, dormirán sentados”.

“De noche usarán túnicas de lino ⁵, que tendrán sujetas con el ceñidor”.

“Cada cual ha de tener un melote de piel de cabra, y que nadie se siente a la mesa sin antes ponérselo”.

“En cambio, los sábados y domingos, al salir a comulgar, suéltense los ceñidores y quítense los melotes, y entren con la cogulla” ⁶.

OTRAS NORMAS DE LA REGLA

Y determinó después la confección de un tipo de cogulla lisa como para niños, en la cual hubiera una impronta en forma de cruz color de púrpura.

Dispuso también que hubiera veinticuatro órdenes o clases y que cada una llevase una letra griega ⁷, comenzando por el alfa y siguiendo luego con la beta, gamma, delta, y así sucesivamente. Al preguntar, pues, e interesarse por una comunidad tan numerosa, pregunta el superior al segundo o prior: “¿Cómo marcha la clase alfa?”; o bien: “¿Como va la delta?:” o también: “Saluda a la rho”; dando siempre un cierto significado particular de las letras. “Así —decía el ángel—, para los más simples y dóciles emplearás la iota; en cambio, para los díscolos y rebeldes usarás la xi”. De esta manera, por analogía con la naturaleza de sus preferencias, caracteres y vidas, adaptó las letras a cada categoría. Sólo los varones espirituales sabían lo que esto significaba.

Además había escrito en una tablilla: “Que ningún extranjero de otro monasterio de distinta observancia beba con ellos, ni entre en el recinto del monasterio, salvo el caso en que se le encuentre en el camino”.

Sin embargo, quien llega la monasterio para incorporarse a la comunidad, tiene que esperar tres años para ser admitido en el interior. Sólo se le permite la entrada al cabo de ese lapso de tiempo, durante el cual se le ocupa en trabajos preferentemente manuales.

También se estableció esta norma para el refectorio: “En la mesa durante la comida se cubrirán los monjes la cabeza con las cogullas para que un hermano no pueda ser visto de otro mientras comen. No

está permitido entablar conversación durante las horas de refección, ni volver los ojos a ninguna parte fuera del plato o de la mesa”.

Determinó también que a lo largo de la jornada se hiciesen doce oraciones, doce al anochecer, doce en las vigiliass de la noche y tres a la hora de nona; en cambio, cuando la comunidad hubiera de comer, prescribió además que se cantara un salmo después de cada oración.

Entonces Pacomio, objetó al ángel que eran pocas oraciones y éste respondió: “Lo he dispuesto así adrede con objeto de que también los débiles puedan cumplir la Regla ⁸ sin contristarse. En cuanto a los perfectos, no tienen necesidad de la ley, pues cada uno dentro de su celda consagra su vida entera a la contemplación de Dios. Las leyes que he establecido son para aquellos que no poseen el espíritu de discernimiento inspirándose en designios superiores, para que aún apareciendo como servidores al cumplir sus obligaciones, puedan vivir confiadamente y en condiciones de independencia”.

LA VIDA REGULAR EN LOS MONASTERIOS

Existen, pues, muchos monasterios que se rigen por esta Regla. El número global de sus monjes arroja una cifra aproximada de unos siete mil ⁹.

Mas el primero y mayor de ellos, donde moraba en forma permanente el mismo Pacomio ¹⁰, y del cual proliferaron los otros cenobios, cuenta mil trescientos monjes.

Entre ellos había el monje Antonio, hombre bien parecido y de gallarda presencia, que fue íntimo amigo mío y que actualmente ocupa el segundo lugar en el monasterio. Como no se escandalizaba de nada, le obligaban a ir a Alejandría, para vender sus productos y labores, y comprar lo necesario.

Pero existen otros monasterios en los que los monjes oscilan entre doscientos y trescientos; entré en uno de ellos, en Panópolis ¹¹, en donde moraban trescientos. En este cenobio vi quince sastres, siete herreros, cuatro carpinteros, doce camelleros y quince bataneros. Conocen todas las profesiones y oficios ¹², y con lo que les sobra de su producto alcanzan a sustentar a los monasterios femeninos y a los presos de las cárceles.

También tienen pocilgas para engordar a los puercos. Me permití yo censurar esta costumbre y me respondieron: “En la tradición he-

mos aprendido que es preciso engordarlos con los desperdicios y mondaduras de legumbres y demás sobras que se echan a perder, para no desaprovechar nada. Asimismo, que se sacrifiquen los cerdos y se venda la carne, y se aprovechen las extremidades para el consumo de los enfermos y ancianos, toda vez que el país tiene una superficie regular y es muy poblado”. Efectivamente, no lejos de ellos habita la tribu de los Blemmies ¹³.

Por lo demás, los servidores de semana madrugan más para acudir los unos a la cocina y los otros a preparar las mesas. Las disponen para la hora de la comida, sirviendo en cada mesa pan, mostaza, aceitunas aliñadas, queso de vaca, las extremidades de la carne y legumbres.

Los hay que van a comer a la hora de sexta, otros a la hora séptima, otros a la octava, otros a la nona, otros a la undécima, otros al anochecer, otros, en fin, cada dos días, de suerte que cada letra o grupo sabe perfectamente la hora que le corresponde.

Parejamente, en sus ocupaciones siguen un mismo proceder: unos trabajan en el cultivo y labores de la tierra, otros en la puerta, en la fragua, en la panadería; quién en la carpintería, quién en la batanería; unos tejiendo cestos, otros curtiendo pieles, éstos en la zapatería, aquéllos en la caligrafía y labor de copistas, y en fin, algunos confeccionando cestos. Aprenden además todas las Escrituras de memoria ¹⁴.

NOTAS

1. Nombre copto de un lugar situado cerca de Tentira, hoy Denderah, sobre la orilla oriental del Nilo al norte de Tebas.

2. Como Antonio, fue copto de nacimiento. Nace en 292. Después de servir en el ejército romano, se convierte del paganismo y abraza la vida anacóretica bajo la dirección de Palamón. Abandona después la anacoresis y funda en 315 y 320 los monasterios tabennesiotas, que constituyen una verdadera revolución en el seno del monaquismo. Muere en 346 a causa de una epidemia, después de cuarenta días de sufrimiento.

3. Los autores no están de acuerdo en todos los puntos con la relación de Paladio. Unos admiten y otros rechazan la aparición del ángel. Dom Butler, en cambio (*Cambridge Medieval History*, 1, 524, 1911), cree la descripción de nuestro historiador como probablemente auténtica.

4. Como se ve, se refleja en estas prescripciones una legislación diametralmente opuesta a la vida heremítica. De ahí el “cenobium”, lugar en que se lleva vida común, que es la gran creación original pacomiana.

5. Túnica larga de lino sin mangas.
6. Empezó por ser un mero capuchón que llegaba a proteger algo los hombres, luego se fue alargando dando lugar a un manto provisto de capucha, que cubría el cuerpo hasta la cintura. Hoy la usan los monjes en la forma de un amplio ropaje con holgadas mangas, con o sin capucha, según los usos de los distintos monasterios.
7. Tampoco en esto están acordes los críticos cuyas tesis son varias y prolijas. Tal vez Pacomio usaba de las letras griegas como si fuesen numerales. Es la tesis más simple, aunque no la más verosímil según unos.
8. *χανονα* es la *Regla*, aunque también podría traducirse aquí por el “oficio de regla” por excelencia.
9. En el capítulo 7 nos ha dicho Paladio, que era archimandrita de 300 monjes, y aquí, en cambio, aumenta el número hasta siete mil. Parece que la primera cifra indica los monjes que había a la muerte del santo, en tanto que la segunda se refiere a los que había al tiempo en que Paladio describe, o sea, cincuenta años más tarde.
10. Error evidente de Paladio. San Pacomio no moraba en Tabennesis, sino en Pabau o Peboou, monasterio dos o tres millas distante de aquel, que es donde él residía habitualmente y que fue el centro de la Congregación.
11. En el Alto Egipto, hoy Akhmin.
12. Eran verdaderos enjambres los monasterios pacomianos. Rodeados de una pequeña cerca, constituían como un pequeño mundo aparte. Constan de varios edificios ocupados por una muchedumbre de monjes con sus oficinas, talleres y dependencias en los que se ejercían diversos oficios y artes. En el recinto se hallaba además una iglesia, un refectorio, una cocina, una hospedería y una huerta.
13. Tribu que habitaba en el sur de Egipto; fue famosa en tiempo de los romanos.
14. A falta de libros, era preciso buena retentiva para estudiar de memoria la Escritura. Era corriente en los monasterios que los monjes supieran de memoria por lo menos el Salterio y los Evangelios, cuando no todo el Nuevo Testamento y para el Antiguo. Lo atestiguan a porfía los antiguos escritores del yermo. Recuérdese lo que Paladio nos ha dicho acerca de Hierón (cap. 26), que recitó de memoria quince salmos, la epístola a los hebreos, el Evangelio de San Lucas y fragmentos de Isaías y de los Proverbios.

CAPÍTULO XXXIII

*EL MONASTERIO DE MUJERES*¹

Existe también un monasterio de unas cuatrocientas mujeres que observan la misma Regla y el mismo estilo de vida, salvo el uso del melote.

Las mujeres viven en la orilla del río y los hombres en la opuesta. Cuando muere una virgen, las otras, después de embalsamar su cuerpo, lo llevan y lo colocan en la orilla. Entonces los hermanos atraviesan el río en un bote, con palmas y ramas de olivo, y trasladan el cuerpo a la otra ribera cantando salmos², para enterrarlo en sus propias tumbas. Mas fuera del sacerdote y del diácono, nadie hace la travesía para ir al monasterio de mujeres, y aún eso los domingos solamente.

En este monasterio de mujeres aconteció el hecho siguiente: un sastre seglar, que iba en busca de empleo, cruzó el río ignorando la prohibición. En eso salió una novicia —y ello se explica por ser el lugar desierto— y encontrándose co él involuntariamente, contestó al seglar: “Nosotras ya tenemos nuestro sastre”³. Otra novicia había presenciado el encuentro. Transcurrió un tiempo, y habiendo surgido una disputa entre ellas, bajo una inspiración diabólica, sin duda, y por malevolencia hacia su compañera, la acusó delante de la comunidad en un momento de cólera. Unas cuantas se asociaron a ella apoyando la acusación.

Sumamente afligida la novicia al verse calumniada de un crimen semejante que no cabía en su pensamiento, no pudiendo tolerarlo, se echó al río secretamente y en él encontró la muerte.